

BANCO DE ANDALUCIA

DINAMICA OPERATIVA

•
PRUDENTE ADMINISTRACION

APROBADO POR EL BANCO DE ESPAÑA CON EL NÚM. 7709/8

Libros

Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei

Hace pocos días se ha publicado un nuevo libro sobre Mons. Escrivá de Balaguer¹, en el que, por vez primera, se narra con suficiente detención —y no menor acierto— la vida santa de este hombre de Dios, cuyo tránsito, aún tan cercano, conmovió a millones de personas, inundando de palabras y dolor los medios de comunicación. El tiempo, aunque en verdad camina deprisa, no ha podido todavía alejarse demasiado: el 26 de junio de 1975 está ahí mismo, y con él la increíble, sorprendente noticia de que, en un instante, había desaparecido de entre nosotros el Fundador del Opus Dei.

Es evidente que la Historia necesita del tiempo para convertir en ciencia y relato riguroso lo que ha sido presencia viva, calor personal, hechos y palabras entrañables. La Historia está hecha de historia cotidiana que, como ave fénix impregnada de un inmenso poder de vivir, resurge constantemente de su propia muerte. El espíritu del hombre —que no pasa, que no muere— capta en la historia diaria lo que ya era Historia perenne, y la transmite después de elaborada. En la vida de D. Josemaría Escrivá de Balaguer, en sus enseñanzas y acciones, había muchas cosas no pasajeras porque eran a la vez suyas y de Dios: y, poco a poco, tendrán que ir siendo expresadas en Historia verdadera y estudiadas bajo formas científicas distintas. El tiempo ha de pasar.

Pero el tiempo —aunque nos limite— no es señor del hombre, y el hombre necesita muchas veces adelantarse a él, e incluso acelerarlo, para que vaya llegando antes lo que ya de por sí llegaría. Se comprende, y se agradece, la urgen-

1. Salvador BERNAL, *Mons. Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1976, 323 pp.

cia de Salvador Bernal por escribir este libro —que él llama “aproximación”, “apuntes”, aludiendo también al riesgo previsto de que sea “visión parcial de una realidad llena de sentido”—, ganándole tiempo al tiempo, aún sabiendo que no es palabra definitiva, “biografía cerrada”, sino “un perfil, unas impresiones” basadas en datos y en hechos históricos.

Es previsible que no pasarán muchos años sin que podamos disponer de una biografía estricta y extensa de Mons. Escrivá de Balaguer, que se entretendrá en su mayor parte con la narración detallada de la historia del Opus Dei. Tanto el Fundador como los comienzos y primera expansión universal de su Obra, constituyen un importante capítulo de la Historia del siglo xx, contemplada en su dinámica general o en su vertiente más directamente eclesiológica. No se podrá hablar de la Iglesia en el siglo actual sin hacer referencia expresa al nacimiento del fenómeno pastoral, jurídico y teológico del Opus Dei y al hombre que Dios escogió para promoverlo.

Todo el libro de Bernal está construido en base a un esquema que podríamos calificar de circular: los nueve capítulos que nos ofrece son círculos cerrados que —como eslabones de una cadena— se entrelazan y hacen avanzar la narración. Esto permite que el autor no se sienta constreñido por la pura cronología sino que, en cada capítulo, ofrezca una visión temática amplia: se ajusta al tiempo y al dato, pero se sitúa conscientemente por encima de ambos, usando de ellos con libertad. El método es atrayente y útil, si bien da lugar a la esporádica repetición de algún dato o de algún texto. Se comprende que suceda así (y que el autor lo permita), si tenemos en cuenta que se usa un material de testimonios directos no necesariamente elaborados, válidos para apoyar diversos aspectos de una vida riquísima.

Da la impresión de que la vida de Mons. Escrivá de Balaguer se podrá reconstruir palmo a palmo, día a día, y que a sus biógrafos les espera una extenuante labor de síntesis y concreción. Tan abundante parece ser el material, y tan minucioso (del que este libro sólo muestra un esbozo) que, con motivos, cabe pensar en una futura y monumental biografía, completa como pocas veces haya podido escribirse. Para cerciorarse de esta realidad basta comprobar la riqueza de elementos biográficos aducidos por el autor de estos

“Apuntes”: frecuentes alusiones del protagonista a su propia vida, referencias tomadas de sus obras escritas, la abundancia de testigos directos, la existencia de un importante material filmado, grabado, etc.

De tal arsenal de documentación destaca a simple vista la rica variedad de los ya mencionados testimonios personales, que miles de personas han escrito en estos meses materializando sus recuerdos y vivencias. No se sabe qué es lo más impresionante de este hecho, si la misma cantidad de personas que facilitan sus recuerdos íntimos, o bien el cariño y respeto que manifiestan, o quizá —y esta puede ser la clave— el trasfondo que revelan: la inmensa acción apostólica del Fundador del Opus Dei, basada en su amor a Dios y en su profundo concepto de la amistad. Trae Bernal a colación palabras de gentes variadísimas, unidas todas en el común sentimiento amoroso —amor de amistad— a la misma persona. Cardenales, obispos, científicos de renombre mundial, literatos, periodistas, obreros, campesinos, monjas y religiosos, teólogos, sacerdotes, ...etc., etc.: una sucesión interminable de testigos que el autor usa con arte y buen estilo, dejándoles hablar. Son personas de muchos países diversos que conocieron y trataron al egregio Fundador en distintas épocas de su vida y disfrutaron de su impulso sobrenatural.

Es este impulso hacia Dios, hacia la santidad, la gran característica de Mons. Escrivá de Balaguer, y se recoge en estos “Apuntes” con fidelidad tonificante. D. Josemaría llevaba a Dios, atraía y ponía a los hombres ante su Señor, ocultándose él. Todos los testimonios coinciden en señalar el ejercicio constante y heroico de sus virtudes cristianas; alegre ejercicio que movía a emulación, sin que esta viniera exigida a no ser por la personal libertad y responsabilidad de cada cual.

Cita el autor con frecuencia pasajes de algunos escritos de su biografiado y alude, con una idea que compartimos, a que en esos textos “puede encontrarse la verdadera dimensión y la profundidad de su vida”. Nos invita a “meditar de nuevo” aquellos escritos, que tanta difusión han alcanzado en el mundo entero. Se advierte que no es una invitación retórica, pues muestra con soltura que sabe predicar con el ejemplo: en sus páginas engarza hechos históricos y textos escogidos, haciendo ver que esas palabras del Fundador fue-

ron antes vida suya; por otra parte, también ahora son raíz y sustancia cristiana en la vida diaria de miles de personas.

El sacerdote de vida santa que protagoniza las páginas escritas por Salvador Bernal, ha pasado a ser un bien de toda la humanidad, un tesoro de toda la Iglesia. Muchos quizá lo habían ya comprendido; los demás lo vislumbramos cada vez con mayor claridad. El ejemplo de su vida, la riqueza de su doctrina, la dinámica de su acción apostólica, son más presente y futuro que realidades pasadas. Es ahora cuando empezamos a valorar mejor su gigantesca figura de humilde siervo de Cristo, al servicio de la Iglesia, del Papa, de todos los hombres.

ANTONIO ARANDA

La historia a través de los historiadores

Grandes interpretaciones de la Historia, del prof. Suárez Fernández es una obra que nos era ya conocida¹. Se trata de una reedición con un capítulo nuevo —y muy interesante—: el último (“La crisis de la conciencia histórica”). El título parecía ambicioso para una colección de bolsillo, pero a lo largo de 240 páginas, el autor ofrece en una apretada síntesis, con rigor, todo lo que promete.

Era necesario delimitar conceptualmente el término “historia” que en castellano puede referirse a dos realidades diversas: “plenitud del suceder”, el propio devenir de la humanidad y “el conocimiento de este suceder”. El libro trata fundamentalmente de las interpretaciones del suceder, del

1. SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Grandes interpretaciones de la Historia*, Eunsa, col. Temas NT, n.º 21, Pamplona, 1976, 240 págs.

devenir, que los pensadores de la cultura occidental —normalmente no son historiadores de oficio— han planteado desde la antigüedad hasta nuestros días. Ocurre que las imágenes que estos intelectuales nos han ofrecido influyen en el propio trabajo del historiador, incorporándose a la ciencia que éste cultiva como innovaciones metodológicas, que orientan así incluso las monografías más especializadas.

Pasa Suárez Fernández después a caracterizar, ya que no a definir, la ciencia histórica, la historia como conocimiento. La experiencia demuestra imposible una explicación total del pasado, a la vez que teóricamente —y en un punto extremo— “tendríamos que esperar al fin del mundo para poder escribir la Historia completa”. Ocurre que, entonces, o no tendríamos necesidad de esta labor o sería imposible realizarla. En la práctica, el historiador selecciona aquellos datos, hechos o acontecimientos que necesita para la explicación de su labor. Esta selección no es puramente aleatoria: “si todo hombre es hijo de su tiempo, el historiador lo es... en mayor medida que cualquier otro”. Si consideramos, además, que su tarea no consiste en la reconstrucción objetiva del pasado, “sino en el conocimiento del presente a través del pasado”, definiremos una de las características de la ciencia histórica: su subjetividad, mejor su provisionalidad: “tal es la causa de que casi cada generación necesite rehacer su historia”.

Todo lo dicho hasta ahora puede decepcionar al lector: parecería así la historia (el conocimiento histórico) un lujo intelectual supérfluo, al que —en ningún caso— se le pudiera aplicar el término ciencia, que connota conocimiento progresivo y objetivo. En realidad, la ciencia histórica, “realiza un trabajo continuo, enriquecimiento ininterrumpido de la conciencia histórica del hombre, pues los hallazgos realizados nunca se abandonaron, sino que se les hace servir de plataforma sobre la que se asienta la etapa investigadora siguiente”. Por otra parte, la labor seleccionadora del historiador no es exclusiva de su ciencia. Todo científico selecciona hechos y se enfrenta a ellos con un esquema previo: “ya no se reserva la cualidad de ciencia, como querían los positivistas, a un orden lógico de acontecimientos objetivos sobre fenómenos que se rigen por leyes matemáticas, sino a la ordenación sistemática de verdades que se edifican sobre ciertas hipótesis de trabajo indemostrables”.